

Ñanchito



EL DIBUJO PARA LOS NIÑOS

con lápices y cajitas de colores que vende EL MENSAJERO, es el pasatiempo más agradable y útil.

En la misma Librería y Papelería, es la agencia de *Billiken* y *Marilú*, las mejores revistas argentinas para niños.

EL BANCO DE LA REPUBLICA

interesado en facilitar a la juventud la consulta de obras sobre cuestiones económicas y financieras, y aumentar en la generalidad de las gentes la afición por este género de estudios, ha resuelto abrir para el público la BIBLIOTECA DEL BANCO, que está siendo provista de las obras nacionales y extranjeras de mayor actualidad.

HORAS DE LECTURA:

DE 2 A 4 Y MEDIA P. M.,
TODOS LOS DIAS,
EXCEPTO LOS SABADOS
Y DOMINGOS

Una planchita eléctrica
que aplancha de veras



Nada igual para
alisar la ropa
de las muñecas

Preciosa - y no cuesta mucho

Vén a escogerla
al almacén de la

Energía

Calle 13, No. 10-69

UNA BUENA IDEA

El niño que colecciona estampillas desea saber, y sabe más, acerca del mundo, que uno que no colecciona. La Geografía, la Historia, la Botánica, las monedas y muchas materias más útiles le son familiares en poco tiempo por medio de este pasatiempo.

Todas las autoridades educacionistas más adelantadas están de acuerdo en que el coleccionar estampillas ayuda al niño a formar hábitos de pulcritud, orden y economía.

Paquetes desde 50 hasta 1.000 estampillas diferentes, desde \$ 0.25. Álbumes de todos tamaños. Catálogos de precios franceses y americanos y toda clase de accesorios para filatelistas.

LISTA DE PRECIOS A QUIEN LA SOLICITE

AUGUSTO DUFFO

BOGOTA

CALLE 12, NO. 6-47 - APARTADO 245

PARA LOS NIÑOS

EL MEJOR

RECONSTITUYENTE

EXTRACTO

DE

MALTA DE

BAVARIA

Con licencia de la Comisión
de
Especialidades Farmacéuticas.

ARTICULOS DE PINTURA



COLORES AL OLEO

COLORES A LA ACUARELA

COLORES PARA ANUNCIOS

COLORES PARA PINTAR SOBRE TEJIDOS

TIZAS PARA PINTAR AL PASTEL

TIZAS AL OLEO

PAPELES, PINCELES,
PALETAS, LAPICES, ETC.

OPTICA ALEMANA

SCHMIDT HERMANOS

CALLE 12, NUMERO 176

Nada tan rico

como frotarse el cuerpo,
después del baño
con

Agua de Colonia

Pídele a tu papá

una botellita de una
que es superior, y
no cuesta mucho:

la de la

PERFUMERIA de CUNDINAMARCA

Calle Real con Calle 15
BOGOTA

LEER ES ILUSTRARSE

ILUSTRARSE ES CONTRIBUIR
AL ENGRANDECIMIENTO DE
LA PATRIA

BIBLIOTECA INFANTIL

ALLI ENCUENTRAN LOS NIÑOS ESTAS OBRAS:

Pelusa, por el Padre Luis Coloma.

Historia Sagrada, por el Padre Pedro Gómez.

Fábulas Literarias de Iriarte.

Fábulas de Samaniego.

Fábulas de Lafontaine, traducidas al castellano.

La Pista del Tesoro, por R. L. Stevenson.

La conquista del Fuego, por J. H. Rosny.

Vida de Bolívar, por Simón Latino.

Alicia en el país de las maravillas, por Lewis Carroll.

Robinson Suizo, por Rodolfo Wyss.

Mi Libro favorito, por S. H. Hamer.

Y muchas novelas de aventuras, narraciones, libros de ciencia y de arte escritos especialmente para los niños.

HORAS DE LECTURA:

DIAS MARTES A SABADO, DE 9 A.M., A 12 M., Y DE
2 1/2 P.M., A 5 P.M.

DOMINGOS, DE 10 A.M., A 12 M.

LUNES NO SE ABRE.

CHANCHITO

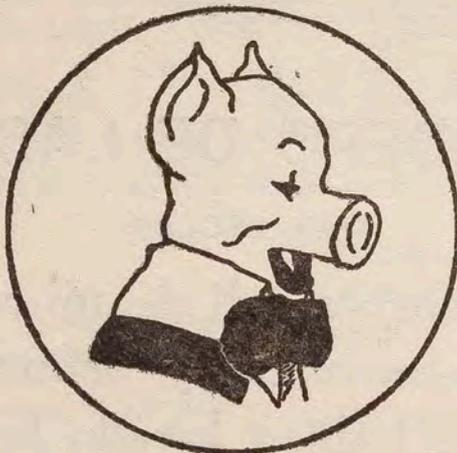
REVISTA ILUSTRADA PARA
NIÑOS

APARECE LOS JUEVES

Directora, Mercedes Caro

ADMINISTRACIÓN:

Calle 57 - 8-13—Tel. 82 Ch.



VALOR DEL EJEMPLAR EN
TODO EL PAIS \$ 0.10

SUSCRIPCIONES:

3 meses (13 Nos.)	\$ 1.20
6 meses (26 ")	\$ 2.30
1 año (50 ")	\$ 4.50

Por correo: Apartado 385

Por telégrafo: **Chanchito.**

VOLUMEN II

BOGOTA, JULIO 19 DE 1934

NUMERO 47

MEJORIA

CHANCHITO acaba de regresar del campo con nuevos bríos y fuerzas, que le han hecho olvidar la gravedad en que estuvo no hace mucho. Entonces llegó a temerse un desenlace fatal. Afortunadamente, gracias a la oportuna intervención de un especialista, no solamente se encuentra ya fuera de peligro, sino que parece que ha entrado en un período de franca reposición, noticia que me complazco en comunicar a los simpáticos chanchinómanos. Pero, qué sustos hemos tenido. El buen marranito comprendiendo su estado, tomó sus disposiciones y escribió una tierna carta de despedida a sus lectorcitos, en la cual les manifestaba los esfuerzos que se habían hecho para salvarlo y les expresaba su sentimiento profundo por tener que renunciar a los beneficios de la existencia antes de haber cumplido un año. Esa carta pasó a la imprenta y estuvo lista a publicarse como editorial de la Revista. En esos días, estando yo hondamente preocupado por la responsabilidad que me incumbe en mi calidad de íntimo de la casa y médico de la

cabecera, tuve la fortuna de encontrarme en un bus con un excelente amigo de los niños, y muy mío por consiguiente, técnico en todo lo que se refiere a la infancia y persona que por su corazón y su inteligencia vale más de lo que pesa, y eso que pesa más de cien kilos, el cual, al saber por mí la situación en que se hallaba el ilustre enfermito, me ofreció estudiar el asunto con el mayor interés, y al efecto propuso un remedio que se le ha estado aplicando con felices resultados.

Ante las expresiones de alegría de los niños y niñas que continuarán recibiendo a CHANCHITO, valen muy poco las palabras con que pudiera manifestar mi agradecimiento al bondadoso amigo de que hablo. Estoy seguro de que él, con sus kilos y su corpulencia, vacilará bajo el chaparrón de sonrisas infantiles que se le va a venir encima.

Así, pues, CHANCHITO continuará y es de esperarse que haya de alcanzar en su vida los años del elefante y del cangrejo.

EL LAVADERO DE LAS HADAS

(DEL INGLES)

Rayando la aurora salí de mi casa
Y vi que en las cercas y arbustos en flor,
Las ropas que habían lavado las Hadas,
Estaban secándose al sol.

Vi tenues encajes y diáfanos gases
Con miles de perlas de inmenso valor.
Volví al mediodía; mas ya no hallé nada
De tanta riqueza y primor.

Mi abuelita dice: "Son telas de araña".
Telas de las Hadas yo digo que son. . . .
Hemos apostado. Veremos mañana
Quién tiene razón de los dos.

MICAELA

LA COLA DEL ASNO

Se recorta en papel un asno sin cola, y se pega a la pared o se sujeta en una mampara o biombo; luego se recorta la cola, y por la parte superior de ésta se pasa un alfiler con que poderla aplicar al cuerpo. Después, cada jugador, con los ojos bien cerrados, y partiendo del extremo opuesto de la habitación, llega al burro, y sin palpar para orientarse, clava la cola. El pobre asno raras veces la recibe en su sitio debido. Ganará el jugador que la haya colocado en el lugar más próximo al sitio de la cola.

PROBLEMA

El reloj de la torre de la iglesia tarda en dar tres campanadas el mismo tiempo que el reloj de la Municipalidad tarda en dar dos.

—Cuando llegué a casa, dijo Juan, los dos relojes empezaron a dar la hora en el mismo instante, y la última campanada del de la iglesia, coincidió con la antepenúltima campanada del reloj de la Municipalidad.

—Qué hora era?

ESPADAS Y CORAZONES

(POR EDMUNDO DE AMICIS)

(Continuación).

Mientras el padre decía esto, el coche, corriendo cada vez con mayor rapidez, daba la vuelta por la calle de Peschirea, y al pobre Arturo se le agotaban las fuerzas. Llevaba ya dos millas de carrera, y para un muchacho como él, de pecho débil, ya era demasiado. Hubiera podido resistir más, si le hubieran cogido fresco y sin las angustias que había sufrido el día antes, sin la noche de insomnio, y sin la falta de alimento: sólo un esfuerzo enorme de la voluntad le había sostenido hasta aquel punto.

Estaba bañado en sudor, tenía los músculos como muertos, el corazón se le subía a la garganta, las sienes le latían fuertemente, los brazos le temblaban, tenía las manos contraídas, la vista turbada, las ideas confundidas. Su respiración no era más que un anhelo continuo y doloroso; andaba casi sin conocimiento, como empujado por un impulso interior que poco a poco iba debilitándose; le parecía que al correr iba perdiendo sangre por una herida; sentía que le faltaban no sólo el vigor, sino el pensamiento y la vida.

El carruaje desembocó en la calle Sommeiller, y luégo volvió sobre la derecha. Como a través de una niebla reconoció Arturo los álamos y las casas de la carretera de Stupinigi, y dijo, casi inconscientemente, como un eco: —¡Stupinigi!— Luego cruzó por su mente, como relámpago, un recuerdo. Acordóse que muchos duelos se verificaban en los bosques de Stupinigi. No había duda. Su padre iba allí. ¡Había diez kilómetros! Se sintió perdido, y faltándole la esperanza de poder resistir, le abandonó el último resto de vigor. Las piernas se le doblaban y se dejó arrastrar; le quedaban sólo las manos, con las cuales se mantenía rabiosamente agarrado al eje. Echando hacia la derecha una mirada de náufrago, al ver la fachada del hospital Mauriciano, tuvo casi la aparición viva de su pa-

dre transportado allí, entre cuatro hombres, con el rostro blanco y los brazos caídos. Ante aquella visión perdió la cabeza, abandonó los brazos y cayó tendido en medio del camino, apenas pasado el hospital, lanzando un gemido y diciendo desesperadamente: —¡Adiós, padre! ¡Adiós! ¡Adiós! E impotente para ponerse en pie, logró gateando arrastrarse todavía hasta el borde del camino, donde se dejó caer tendido como un cuerpo muerto.

* * *

Pocos instantes después, como entre sueños, oyó el ruido de un carruaje que pasaba, y casi al mismo tiempo el eco de su nombre.

Abrió los ojos, y vio a Carlos Bussi arrodillado delante de él.

—¡Pironi!— exclamó, cogiéndole una mano.— ¡Pironi!... ¿Qué tienes? ¿Qué ha pasado.

—...No puedo más— contestó Arturo.

—Levántate —le dijo agitado—; híz un esfuerzo. Todavía tenemos tiempo. El carruaje de mi padre acaba de pasar. Te he visto al pasar y te he creído muerto. ¡Arriba, Arturo! Aun podemos alcanzarles. No irán muy lejos. El coche va despacio. Míra... ¡Oh, qué casualidad! ¡Se ha parado!

A unos cien pasos más allá, en efecto, se detuvo el coche para esperar que pasase el tren, cuya vía atravesaba el camino de Stupinigi en aquel punto. Era el tren de Milán, que acababa de arrancar de la estación de Porta Nuova. El guarda del paso a nivel había cerrado con las cadenas.

—¡Valor!— repitió Carlos, ayudando a su amigo a sentarse y haciéndole apoyar la espalda en un tornarruedas.— Aquí tienes tu gorra. Tenemos cinco minutos de ventaja. Tienes tiempo para tomar alientos. Arriba, Pironetto, arriba. ¿Quieres dejarte vencer por un rocín de seis reales la hora? Tengo pastillas de menta; trágate una, que te reanimará. Has hecho lo más: falta el úl-

timo esfuerzo. No van hasta Stupinigi; he oído decir al cochero el nombre una *villa*. Llegaremos a punto y no les dejaremos batarse. ¡Verás qué bien me busco el puntapié de mi padre! ¿Qué crees, que no he sudado yo? Con la furia de echar a correr, en la antesala me he puesto los zapatos del criado. ¡Mira qué par de torpederos! Creí que iba a perder uno delante del ayuntamiento. Levántate pronto. Ya no tienes que correr más. Yo te siento sobre el eje de las ruedas, te apoyas con las manos sobre mis hombros y vas como un millonario. Arriba, arriba; ¿oyes el tren que va a llegar? Vamos a escape. Verás cómo todo sale a pedir de boca. ¡Pero no perdamos ni un segundo!

Al oír aquellas palabras, Arturo sintió en su pecho como un nuevo soplo de vida; se puso en pie, y tambaleándose un poco, pero con paso vivo, llevándole de la mano Carlos, llegó hasta ponerse detrás del carruaje en el momento que pasaba el tren con un ruido infernal.

—¡Ya abren!— dijo Carlos.— ¡Arriba, Arturo, mónta!

Y cogiendo a su amigo en brazos, le sentó en el eje, hizo que se apoyara bien sobre sus hombros, y se agarró al hierro con ambas manos, una a la derecha y otra a la izquierda, y dispuesto a la carrera. Se oyó el chasquido de la fusta; el coche se puso en movimiento.

—¿Estás bien así?— preguntó Carlos.

Arturo le hizo seña de que sí.

—Hazte cuenta de que vas haciendo ejercicios en la barra fija. Pero apóyate con fuerza, y pón cuidado en los baches. No tengas miedo. No iremos muy de prisa. Ya he advertido que el cochero es tuerto. Y no te cuides de mí. Tengo más pulmones que Bargozzi. Verás cómo tenemos la dicha...

* * *

Precisamente en aquel momento, en el coche, uno de los padrinos, un señor largo y seco, de ojos de gato y bigote gris, daba los últimos consejos al abogado Bussi, sentado frente a él, respecto al modo como había de llevar el desafío: —De manera que has comprendido. El adversario está fuera de ejercicio, se cansará pasada la primera furia.

Tú esperas a que blandee, y entonces haz lo que te he dicho: ¡así, así, y zás! Y quedará arreglado.— Y se puso a hacer con la huesuda mano la indicación de dos fintas y un golpe de bandolera, guiñando su ojo de gato.

El abogado Bussi no contestó. Tenía el aire de un hombre aburrido. Barajaba en su mente, hacía algún tiempo, pensamientos muy dislocados de la conversación como lo demostraba la sarcástica sonrisa de sus labios afilados, habituados a la burla. —Es curioso, decía para sí, que este valiente caballero, que se vanagloria de creer en Dios, me enseñe tranquilamente a degollar al prójimo, como si me estuviera dando una receta para una salsa. Y este otro, que parece un globo hinchado, no puede ocultar la felicidad que le produce el ser por vez primera padrino en un duelo, como si fuera uno de los trabajos de Hércules. ¡Y le sale por los ojos la impaciencia de irlo a pregonar por todas las esquinas de Turín! Y estos dos armarios con ruedas que nos transportan a escondidas a mí y al otro como a dos doncellas robadas, y aquel señor que cortésmente nos presta la *villa* para que podamos matarnos a nuestra comodidad, y el médico que nos acompaña con la aguja y con el escalpelo para remendarnos la piel... todo esto tiene el aire de una bufonada. Quisiera saber por qué me voy a batir. Cuando Pironi me regaló aquel epíteto, yo estaba seguro de que no me creía tal, y que cuantos allí había estaban ciertos de lo mismo, y que comprendían que él me había lanzado aquella palabra porque se hallaba pegado contra la pared y no sabía ya qué contestarme. Debí haberlo echado a risa y nada más. Yo me bato, por consiguiente, para demostrar que no soy hombre que me dejo decir impertinencias.

Pero si él me hiere, ¿para qué servirá el haber demostrado que no consiento que me digan impertinencias, si al mismo tiempo demostraré que me dejo dar de sablazos? ¡Qué burla! Pero es una burla que puede acabar... con la vida de uno de los dos. ¿Se puede ser más bestialmente locos?... Basta: con tal que no haya allí campesinos que nos estén mirando. Es mi pensamiento,

dije desde ayer: un pensamiento que me produce enojo... increíble. Creo que me avergonzaría, y que me buscaría un golpe por efecto de la distracción. ¿Y por qué me avergonzaría?... Porque la gente del pueblo se ríe de los duelos. Nada más que por esto. Pero ¿por qué, si yo veo a dos hombres del pueblo que riñen a navajazos, no río, y ellos se ríen cuando ven a dos señores que se baten con la espada? Examinemos la cosa. Quizá... porque ellos no se baten sino en un exceso de furor, el cual, si no justifica la riña, la explica, y le dá al menos un aspecto trágico; mientras que nuestro combate, llevado con todas las reglas —después de un cambio de saludos, con las pausas debidas, en presencia de cuatro señores, en un lugar fijado de antemano, sin la justificación aparente de la ira,— es en verdad una cosa bufa y antipática. Y yo me avergonzaría también porque aquella gente, viendo un duelo, comprende que es absurda la distinción enorme que hacemos nosotros entre nuestras riñas y las suyas, y gozan cogiéndonos en una contradicción estúpida y odiosa entre nuestra ferocidad de duelistas y nuestras vanaglorias de gente culta y noble; contradicción tanto más odiosa cuanto que ellos no aprenden a matarse y nosotros nos ejercitamos en ello por muchos años. ¡Oh! ¡Bufones, bufones, bufones! ¿Pero, llegaremos alguna vez a esa malhadada villa?

* * *

En aquel momento los dos muchachos oyeron salir del coche un grito soldadesco: ¡Para!

—¡Abajo!— dijo Carlos—. Ya hemos llegado. Agazapémonos enseguida—. Arturo se desmontó del eje, corrió tras de su amigo y saltó con él dentro del foso que flanqueaba el camino; allí se acurrucaron los dos, quitándose los sombreros y asomando la cabeza por encima del borde, nada más que lo preciso para enterarse de lo que ocurría.

El coche se detuvo delante de la verja de una villa señorial, cuyo tejado se veía por entre los árboles de un vasto jardín, rodeado de pared. La verja, que estaba entreabierta, se abrió de par en par por una mano in-

visible, entró el coche y se cerraron las puertas.

—¡Estamos perdidos!— exclamó Arturo.

—Ca, ni por sueño— respondió Carlos.

—¿Cómo haremos para entrar?

—Como hacen los ladrones. No es necesario entrar por la puerta. Ven conmigo, pero listo.

Diciendo esto, Carlos saltó sobre el camino, le atravesó, echó a correr seguido de Arturo, por un campo inmediato a la villa, llegó hasta el pie del muro que rodeaba la finca, le midió con una mirada y dijo a su compañero:

—Escalémosle.

—¡Pero no llegaremos a tiempo!— exclamó Arturo angustiado—. ¡Entretanto se batirán!

—No temas —contestó Carlos—. Los preparativos son largos. Haz lo mismo que yo.

Puso a Arturo con las espaldas contra la pared, le hizo afirmar bien los pies y cruzar las manos como cuando se juega a la sillita de la reina, y agarrándose a sus brazos, y dando impulso con el otro pie, se le subió sobre los hombros, llegando a tocar con los dedos lo alto del muro.

—¡Mal rayo le parta al propietario!— exclamó, dejándose caer al suelo.

—¿Qué pasa?— preguntó Arturo desalentado.

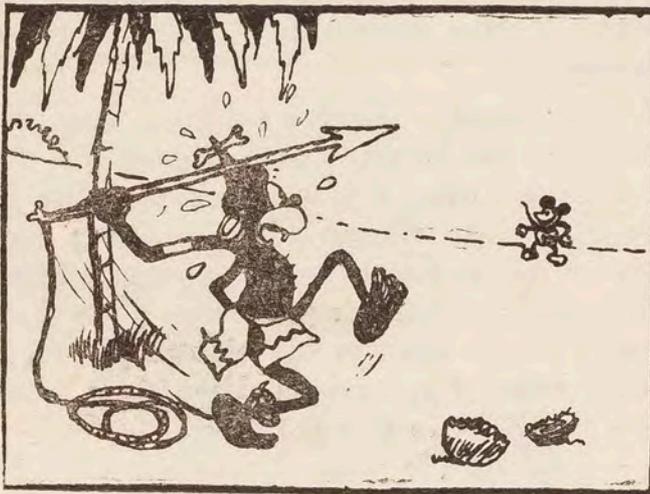
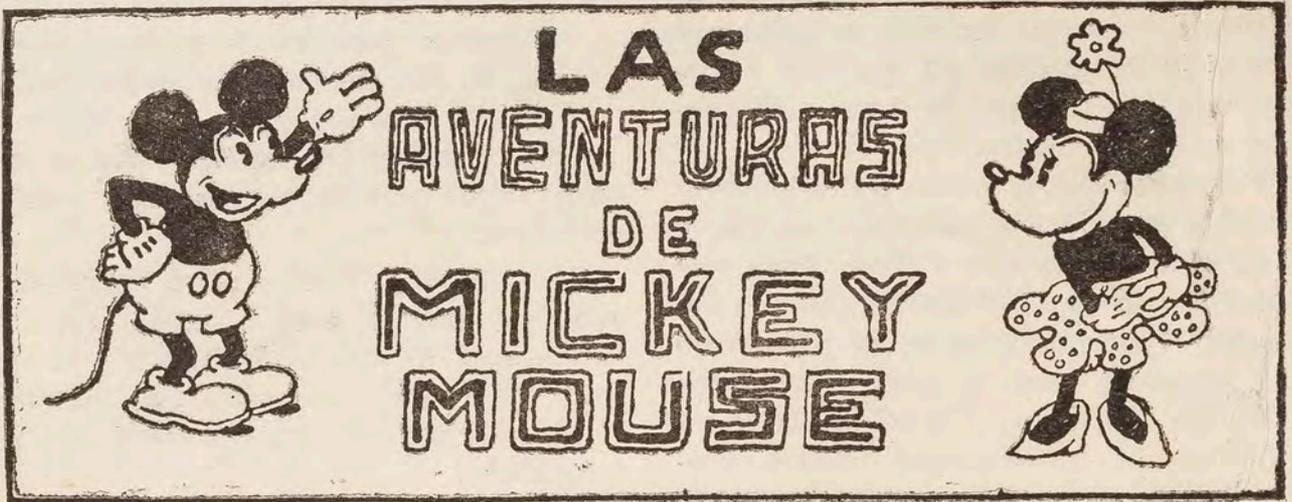
—Lo que pasa es que la cresta del muro está incrustada de pedazos de vidrio, en beneficio de los hombres honrados. Es preciso sacrificar las chaquetas. Dame la tuya.

Se la quitaron ambos, las cogió Carlos entre los dientes, y volviendo a subir sobre los hombros de su compañero, arrojó una sobre otra en lo alto del muro, plantó encima las manos como si fueran dos garras, y se subió; volvióse luego hacia el compañero, apoyándose sobre el muro con el vientre, estiró los brazos hacia él y le dijo:

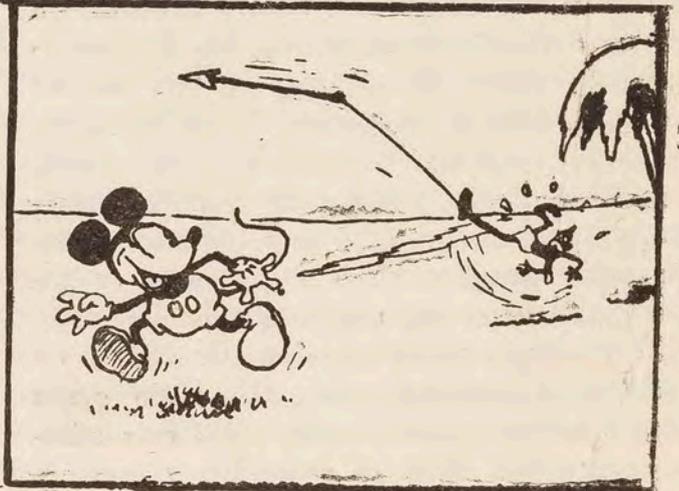
—Apóya la punta del pie contra las asperezas de la pared, y arriba sin miedo: tengo las paletas sólidas.

De este modo, haciendo un esfuerzo de pequeño atleta, subió hasta él al compañero como una herrada.

(Continuará)



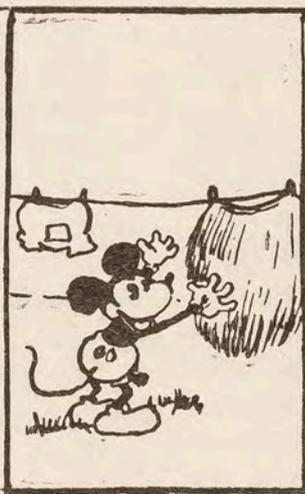
76.—Este imbécil no ha visto que tiene la lanza atada al pie.



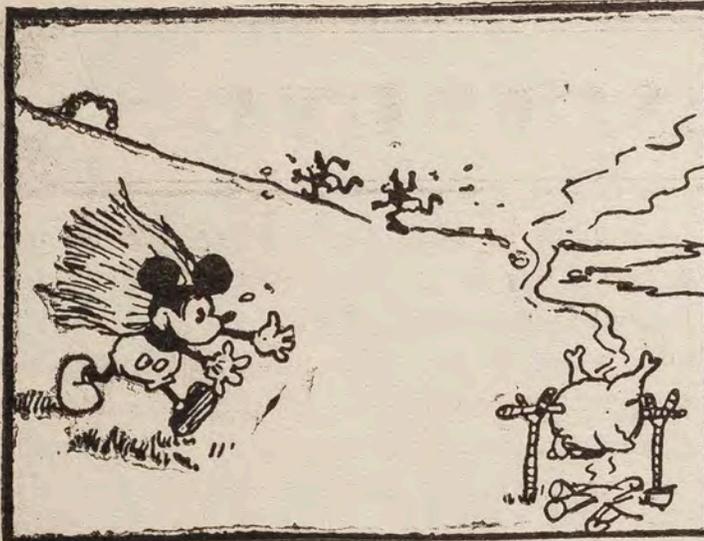
77.—Cuidado, que vas a hacerte daño. Quiéres que te deje la dirección de un boticario?



78.—Perseguido por los salvajes, no he podido pensar en el almuerzo. Pero, qué idea... Voy a transformarme en animal feroz.



79.—Mi estratagema ha tenido éxito. Estos caníbales tendrán que alzar el vuelo.



80.—Espero que estos salvajes tengan algunas nociones de cocina y que este asado esté a punto de servirlo.



81.—Este pícaro corre más que yo. En este país no tiene uno un momento de tranquilidad.



82.—Hay que hacer algo. Estas piedras me vienen muy a propósito.



83.—Para transformarme en animal salvaje.



84.—A qué animal me pareceré? Si me viera un naturalista no sabría cómo clasificarme.



85.—Ah! Cocos! Qué buen desayuno voy a tomar. Lo tengo bien merecido, sacudiré el árbol, lo sacudiré bien y los cocos caerán a montones.

SOÑAR DESPIERTO



Un comerciante árabe que a fuerza de afanes y trabajos había reunido un cuantioso capital, murió cuando más le sonreía la fortuna y cuando parecía próximo a realizar más fecundas empresas.

Dejó al morir una esposa y un hijo de diez y seis años, llamado Alí, que tenía excelentes sentimientos, si bien ignoraba lo difícil que es reunir un gran capital, pues como nada le había faltado mientras vivió su padre, no sabía que el dinero se gasta fácilmente, pero se adquiere con mucho trabajo.

La madre de Alí amaba a su hijo con exceso, y no tuvo suficiente energía para detenerlo en la senda de las prodigalidades a las que aquél se había entregado desde luego con falsos amigos que lo adulaban mientras los festejaba con regalos y convites.

En pocos años consumieron así la mitad de su fortuna; y comprendiendo que de continuar gastando sin medida caminaban al precipicio, tuvieron la fuerza de voluntad necesaria para hacer un alto y reservar la otra mitad de su capital, que lo emplearon en tierras a fin de que les rindiesen lo necesario para poder vivir con decoro.

A fin de que Alí comprendiese cuán poco valían los supuestos amigos, la madre

le sugirió la idea de dirigirse a ellos para solicitar su ayuda por encontrarse completamente arruinado. Hízolo así el joven: visitó a todos uno por uno, manifestándoles que se encontraba en la situación más angustiosa; pero unánimemente se excusaron de atenderle con diversos pretextos, y algunos hasta tuvieron el descaro de decirle que si hubiera administrado mejor sus bienes en vez de dar comilonas, no se vería en tan difícil trance.

Marchó Alí a su casa muy triste ante tan gran desengaño, con el propósito de no volver a saludar a tan pérfidos amigos. Es más: exagerando su desconfianza hacia todos los hombres, se prometió no volver a intimar con ninguno, ni convidar jamás a ningún habitante de la población; pero como le habría sido muy penoso privarse de la sociedad de sus semejantes y de los placeres de la conversación, dos o tres veces por semana se colocaba en el extremo de un puente que daba entrada a la ciudad, y saludando al primer forastero que veía llegar y cuyo aspecto le parecía de hombre decente, le invitaba a cenar en su casa y hospedarse en ella, con la condición de que había de marcharse a la siguiente mañana, y de que, aun cuando volvieran a encontrarse, no se saludarían y harían como si nunca se hubieran visto, pues no quería contraer estrecha amistad con nadie, para no exponerse a nuevos desengaños.

Cumplió exactamente esta resolución que se había impuesto, y durante más de un año hospedó en su casa a multitud de viajeros, a los cuales proporcionaba buena cena y excelente cama, bien que despidiéndose, al siguiente día cortésmente y pidiéndoles no hicieran en lo sucesivo la menor demostración de conocerle.

Sucedió cierto día que el califa Harún-al-Raschid, que en ocasiones gustaba de viajar disfrazado de comerciante para conocer por sí mismo las necesidades de sus

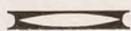


CURRUCA CANTORA Y ALONDRA DE LOS PRADOS, COMUNES PADRES ADOPTIVOS DEL CUCLILLO

Los cuclillos madres parecen tener preferencia por determinados pájaros para que sirvan de nodrizas a sus pequeñuelos por cuya alimentación y educación no quieren tomarse ninguna molestia; curruacas cantoras, motacillas o aguzanieves, alondras de prado y verderones de setos, todos ellos, pajarillos de reducidas dimensiones, son los más corrientes para este asunto y toda vez que el cuclillo pone un huevo relativamente pequeño, lo puede acomodar fácilmente en el nido de dichos pájaros. El grabado inferior muestra una curruca cantora con el pico lleno de insectos con que trata de alimentar al cuclillo que parece suficientemente grande para tragarse incluso la nodriza misma juntamente con los insectos. En la parte superior se representa un joven cuclillo posado en un nido de alondras de los prados.



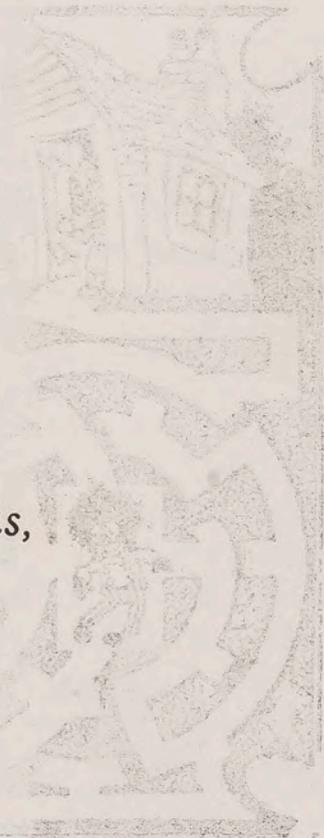
EL CID DA GRACIAS A DIOS EN SAN PEDRO DE CARDEÑA



ROMANCE HISTORICO

*Victorioso vuelve el Cid
a San Pedro de Cardena
de las guerras que ha tenido
con los moros de Valencia.
Las trompetas van sonando
por dar aviso que llega,
y entre todos se señala
el relincho de Babiaca.*

El abad y monjes salen
a recibirlo a la puerta,
dando alabanzas a Dios
y al Cid mil enhorabuenas.
Apeóse del caballo
y antes de entrar en la iglesia
tomó el pendón en sus manos
y dijo de esta manera:
"Salí de ti, templo santo,
desterrado de mi tierra;
mas ya vuelvo a visitarte
acogido en las ajenas.
Desterróme el rey Alfonso
porque allá en Santa Gadea
le tomé el su juramento
con más vigor que él quisiera.
Las leyes eran del pueblo,
que no excedí un punto de ellas,
pues como leal vasallo
saqué a mi Rey de sospecha.
Oh! envidiosos castellanos,
cuán mal pagáis la defensa
que tuvísteis en mi espada
ensanchando vuestra cerca!
Veis aquí os traigo ganado
otro reino y mil fronteras,
que os quiero dar tierras mías,
aunque me echéis de las vuestras.
Pudiera dársela a extraños,
mas para cosas tan feas
soy Rodrigo del Vivar
castellano a las derechas".



CUAL ES EL CAMINO DE LA CASA DE EDUARDITO ELF?



Ana está muy orgullosa por ser el día de su santo y decidió tomar un paseo. Cuando había caminado un poco descubrió que se había perdido del camino. Oh! aquí está él, exclamó espíandolo en el camino; pero como usted ve, algún otro ha visto a Gerardo Golly?Oh! querida, qué extraño sujeto, balbuceó Eduardito Elf; yo no quiero encontrármelo y partió apresuradamente para su casa: sólo un sendero conducía a su casita. Puede usted pequeño lector hallarlo?

NOTA.—No se debe cruzar ninguna línea negra.

Viene de la pag. 10.

súbditos, acompañado de un esclavo y modestamente vestido, llegó a la ciudad donde residía Alí. Este, muy lejos de sospechar que se las hubiera con un poderoso monarca, y creyéndole un modesto mercader, le invitó a ir a su casa a cenar, exponiéndole la extraña condición que imponía a todos sus huéspedes.

Aceptó el Califa, a quien no dejó de divertir aquella originalidad, y marchó con Alí, que le dió de cenar muy bien y le entretuvo con su conversación hasta después de las diez de la noche, no sin que Alí observase la competencia y discreción con que su huésped trataba todos sus asuntos.

Como le refiriese toda su historia, el Califa le elogió por la prudencia que había mostrado al reservarse la mitad de su fortuna, y luego le pidió le indicase en qué podía servirle, pues, aunque modesto comerciante, estaba muy bien relacionado y podría serle muy útil en lo que él quizá creía.

A estas generosas ofertas del Califa contestó Alí:

—Mi buen señor, estoy persuadido de que no me hace usted tan generosas ofertas por puro cumplimiento; pero, a fe de hombre de bien, puedo asegurar que no tengo ninguna pena, negocio ni deseo, y que no necesito nada.

—No tengo ambición ninguna y estoy contento con mi suerte; así, pues, nada más tengo que hacer que dar a usted las gracias, no solamente por su deseo de serme útil, sino por la complacencia que ha tenido en hacerme el honor de venir a tomar una mala cena en mi casa.

—Sólo hay una cosa que me causa alguna contrariedad, pero sin que llegue hasta el punto de turbar mi reposo. Ya sabrá usted que esta ciudad está dividida en barrios, y que en cada uno de ellos hay una mezquita, con un santón para hacer la oración en las horas ordinarias dirigiendo los rezos de las personas que allí acuden.

—El santón es un viejo, alto, de semblante austero, y el mayor hipócrita que ha habido en el mundo. Tiene como consejeros a cuatro enredadores, individuos poco más o menos de su misma calaña, que, por lo

regular se reúnen todos los días en su casa, y en sus conciliábulos no hay murmuración, calumnia ni picardía de que no echen mano contra mí y contra todo el barrio para turbar en él la tranquilidad y fomentar las disputas. Se hacen temer de unos y amenazan a otros. Quieren, en fin, hacerse los amos y que todos se gobiernen por su capricho, cuando no saben gobernarse ellos mismos. En una palabra, ejercen una odiosa tiranía.

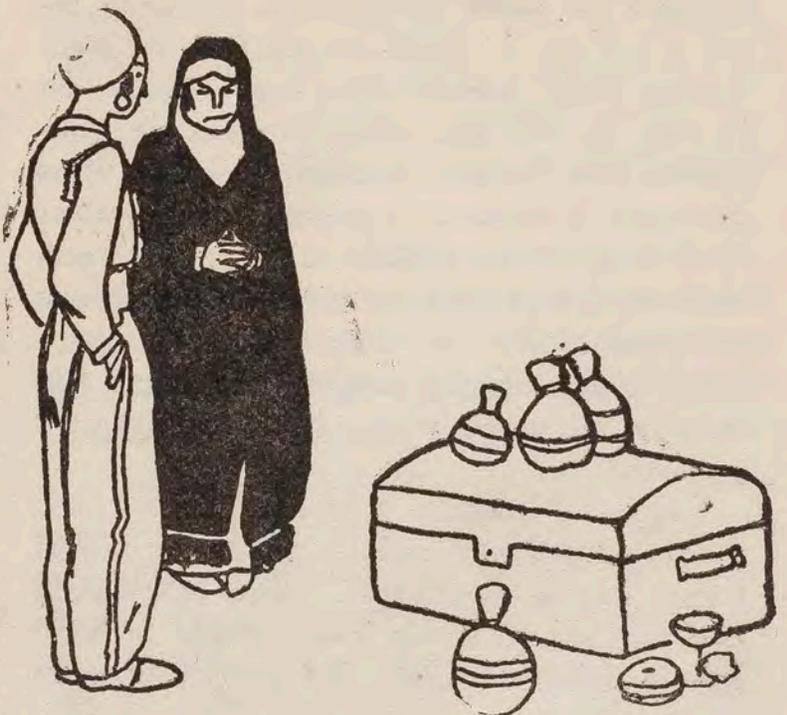
—Si he de decir la verdad, me duele tener que tolerar que se mezclen en lo que no les incumbe y que no dejen a nadie del barrio vivir en paz.”

—Según eso —replicó el Califa— usted querría, sin duda, hallar algún medio de atajar ese desorden?

—Usted lo ha dicho —contestó Alí— y lo único que desearía para lograrlo es que Dios me hiciese Califa en lugar del Comendador de los creyentes Harún-al-Raschid, nuestro soberano, señor y amo, siquiera fuese por un día solamente.

—Qué haría usted si eso se realizara?— preguntó el Califa.

—Haría algo que serviría de gran ejemplo y causaría satisfacción a todas las gentes honradas. Mandaría dar cien palos en la planta de los pies a cada uno de esos cuatro bribones, y doscientos al santón, para demostrarles que no es propio de su ministerio turbar y apesadumbrar a sus ve-



cinos ni inmiscuirse en cosas que nada les atañen.

Al Califa le pareció muy divertida la idea de Alí; y como le gustaban las aventuras extraordinarias, quiso sacar partido de la ocasión para divertirse. Así, pues, elogió el deseo bien intencionado de su anfitrión, y le dijo que, a buen seguro, cosas más difíciles de realizar había en el mundo.

—Se burla usted de mí?— preguntó Alí.

—Yo no me burlo —explicó el Califa—. Dios me guarde de tener un pensamiento tan fuera de razón para con una persona como usted, que me ha obsequiado espléndidamente sin conocerme! Creo que tampoco el Califa se burlaría si nos oyese. Mas, páre aquí este discurso: es ya bastante tarde y debemos acostarnos.

—Cortemos, pues, aquí la conversación —dijo Alí—; no quiero retrasar en modo alguno la hora de su descanso. Pero como todavía queda vino en la botella, me agradaría, y si a usted le place así lo haremos, vaciarla antes de acostarnos.

Lo único que le recomiendo es que al salir por la mañana, en el caso de que yo no me haya despertado, no deje la puerta abierta, sino que se tome el trabajo de cerrarla, porque tengo la costumbre de incomunicarme.

El Califa le prometió cumplir sus indicaciones al pie de la letra.

Mientras Alí hablaba, el Califa se había apoderado de la botella y de dos vasos. Se echó de beber el primero, haciendo señas a Alí que lo hacía en señal de gratitud. Apenas hubo bebido, echó con disimulo en la taza de Alí una corta porción de unos polvos que llevaba consigo, y sobre ellos desocupó la botella. Al presentársela le dijo:

—Usted se ha tomado el trabajo de servirme de beber toda la noche; lo menos que yo puedo hacer es ahorrarle este trabajo por última vez. Le suplico que tome esta taza de mi mano y que beba este trago a mi salud.

Tomó Alí la taza; y para manifestar más a su huésped con cuánto placer recibía el honor que le dispensaba, bebió apurándola casi toda de un sorbo. Pero apenas la hubo dejado sobre la mesa, los polvos hicieron su efecto.

Apoderóse de él profunda somnolencia, y cayó su cabeza sobre las rodillas tan repentinamente, que el Califa no pudo menos de reírse. El esclavo de quien se había hecho acompañar había vuelto apenas cenó, y hacía rato que estaba listo a recibir sus órdenes.

—Cárgate este hombre a la espalda —le dijo el Califa—; pero procura no olvidar el sitio donde está esta casa, a fin de traerlo cuando yo te lo mande.

Dicho esto, salió de la casa el Califa seguido por el esclavo, que había cargado con Alípero; intencionadamente dejó abierta la puerta, no obstante la recomendación que en contrario le había hecho Alí.

Apenas llegó a palacio, entró por una puerta secreta, e hizo que le siguiese el esclavo hasta su habitación, donde lo esperaba la servidumbre de su cámara.

—Desnudad a este hombre —les dijo— y acostadle en mi cama: luégo os indicaré lo que debéis hacer.

Desnudaron a Alí los criados del Califa, le pusieron el vestido de cama de su señor, y le acostaron conforme a su orden. Nadie se había acostado aún en Palacio, y el Califa hizo llamar al resto de sus funcionarios y a las damas. Cuando todos estuvieron en su presencia les dijo:

—Mando que todos los que acostumbran a estar en mi cuarto cuando me levanto, no dejen de hallarse mañana por la mañana junto a ese hombre que estáis viendo acostado en mi cama, y que cada uno desempeñe para con él cuando se despierte, las mismas funciones que si se tratase de mí. Mando también que se tengan con él los mismos miramientos que con mi misma persona, y que se le obedezca en cuanto ordene. Que no se le niegue nada de cuanto diga y desee. Siempre que haya que hablar o responderle, es necesario darle el tratamiento de Comendador de los creyentes.

Desde luego creyeron todos que el Califa quería divertirse, y no respondieron más que con una profunda inclinación, preparándose cada uno con verdadero entusiasmo a desempeñar su papel.

(Continuará).

CULEBRAS Y LAGARTOS

Se ve pues que el poder fascinador que se atribuye a las serpientes es sencillamente la facultad de inspirar al pájaro un terror súbito que paraliza sus medios de huída. Acaso nosotros mismos conservamos la serenidad necesaria para arrostrar un peligro espantoso cuando éste se presenta de pronto? No hay personas que pierden la cabeza, que no saben lo que hacen y agravan la situación con actos desatinados? A eso se reduce lo maravilloso que la fascinación. Lo que inmoviliza de espanto a un inocente pajarillo sin experiencia en las cosas de la vida, apenas conmueve a un pájaro más dueño de sí mismo; lo que asusta al niño y a las personas de carácter débil impresiona poco al hombre sereno que razona ante el peligro. Acosntumbraos a conservar, amigos míos, en toda circunstancia grave la serenidad de ánimo, la mirada lúcida de la razón, y así evitaréis muchas miserias, os libraréis de no pocos peligros, como el pájaro que no pierde la cabeza escapa de la culebra emboscada.

Digamos ahora algunas palabras de nuestras principales culebras. La más elegante, por la coloración, es la *culebra de collar*, llamada así a causa de un amarillo pálido o blanquecino que le forma medio collar detrás de la nuca. Por encima es de color gris ceniciento, más o menos oscuro, moteado a cada lado con manchas negras irregulares; por debajo es una variedad de negro, blanco y azulado. Le gustan los lugares húmedos, frecuenta las aguas estancadas, donde nada hábilmente para coger pececillos, insectos acuáticos renacuajos. Por este motivo la llaman también culebra de agua.

Comúnmente deposita sus huevos en los estercoleros que, con su calor natural, favorecen la incubación. Estos huevos tienen forma de óvalo alargado y tienen cáscara floja, semejante al pergamino mojado. Su tamaño es el de los huevos de urraca. Removiendo los montones de estiércol, los campesinos encuentran bajo sus horcas estos huevos de cáscara blanda, cuyo origen les es desconocido, y de los cuales salen con gran estupefacción de ellos, culebritas... Estas personas, admiradas del hecho, pretenden que son huevos de gallo tocados de brujerías, que producen culebras en lugar de pollitos... Difícil sería quitarles de la cabeza esta idea.

Desconfiad de eso y también de otro cuento que circula por nuestros pueblecitos. Dicen que esta culebra y otras serpientes tienen inclinación a meterse por la boca en el cuerpo de las personas dormidas sobre la hierba fresca, y que para sacarle al paciente este huésped incómodo es necesario atraer la culebra hacia afuera por medio del olor de la leche caliente. Estas son puras sandeces; no es posible que a ningún animal se le ocurra refugiarse en nuestro estómago, donde sería reducido a papilla como un simple bocado de pan.

La culebra común o verde y amarilla, habita con preferencia en los lugares poblados de árboles y retirados. Tiene el dorso de color verdoso muy oscuro, con gran número de rayas compuestas de manchas amarillentas de diversas figuras, unas alargadas, otras en forma de rombo, y mayores hacia los lados que en medio de la espalda. Cada una de las grandes placas que le cubren

la parte inferior está orlada de una línea negra pequeñita y adornada de un punto negro en uno y otro extremo.

En el sur de Francia se encuentra la culebra de cuatro rayas que alcanza a cerca de dos metros de longitud. Es la mayor de las culebras de Europa. Tiene el dorso de color leonado, con cuatro rayas oscuras longitudinales. Vive en las malezas de las colinas secas.

En praderas y en el heno segado suele encontrarse una serpiente pequeñita, que, por su estructura, se aparta de las culebras. La llaman lución. La cabeza es pequeña y sin estrangulamiento del cuello, y la cola es obtusa, de manera que los dos extremos del cuerpo tienen casi una misma forma y nos dejan un momento indecisos para afirmar dónde está la cabeza. El lución está revestido de escamas muy brillantes y lisas. El dorso es amarillo plateado y está recorrido de un extremo al otro por tres filetes negros, con la edad se cambian en series de puntos, y aun acaban por desaparecer.

A esta serpiente se le ha atribuído una reputación muy mala: se dice que es maléfica por su veneno, por su contacto y por su mirada. Tal reputación es enteramente inmerecida, pues el lución es el más inofensivo de los reptiles. Ni siquiera trata de morder para su defensa, sino que se contenta con ponerse rígido como un palo. Vive especialmente de escarabajos y lombrices de tierra.

Dejando aparte las víboras, ninguna de nuestras serpientes es venenosa, ninguna puede perjudicarnos ni modernos de manera grave. Las culebras no nos hacen daño alguno; al contrario, nos prestan buenos servicios destruyendo multitud

de insectos. Dejemos vivir en paz estos animales.

También debemos respetar a los lagartos, ágiles cazadores de insectos y aun de piezas o animales de pelo del orden de los roedores. Quién no conoce la lagartija, amiga de los muros bañados de sol? Espía las moscas pasando con placer su fina lengua entre los labios y huronea de un agujero a otro para atrapar todo insecto que pase. Es el protector de las espalderas. Cuando en un hermoso día de primavera el sol ilumina vivamente un ribazo o una pared, que aumenta el calor reflejándolo. Vemos a la lagartija estirarse en aquella pared o en aquella hierba fresca con una especie de voluptuosidad. Se penetra con delicia de aquel calor bienhechor; demuestra su placer con blandas oscilaciones de su delgado rabo; hace brillar sus ojos vivos y animados, y se precipita como una saeta para coger una pieza pequeña o para encontrar un abrigo más cómodo. Lejos de huír al acercársele el hombre, parece que le mira con complacencia; pero al menor ruido, solamente con la caída de una hoja, se recoge y cae, y queda algunos instantes aturdida, de nuevo reaparece, describe en un instante varios circuitos tortuosos, que es casi imposible seguir con la vista, se repliega varias veces sobre sí misma, y al fin se retira a algún asilo hasta que se le disipa el temor. La lagartija tan útil como graciosa, se alimenta de moscas, grillos, langostas, lombrices y de casi todos los insectos que nos destruyen los frutos y los granos; por eso sería conveniente que se multiplicara más esta especie. Conforme aumentara el número de lagartijas veríamos disminuir los enemigos de nuestras huertas.

EL REY DEL GABAN EMPEÑADO

Regia fiesta se celebra en la iglesia de Santa María la Real de las Huelgas: en el presbiterio, al lado del Evangelio, se levanta el trono de Castilla y de León, y enfrente, al lado de la Epístola, hay varios siales de terciopelo rojo, para los regentes del reino, prelados de la corte y homes buenos del consejo de la capital de Castilla. La nave mayor está ocupada por hileras de escaños, también de rojo terciopelo, destinados a la nobleza y a los procuradores de ciudades y villas. En el coro, detrás de la artística reja que cierra la monacal clausura y al rededor del sepulcro que guarda los restos mortales del rey Alfonso VIII el de las Navas y su esposa doña Leonor, fundadores del monasterio insigne, yacen de rodillas las señoras cistercienses, vestidas de largo manto negro y rizada toca de fino lienzo blanco.

Era un día espléndido de agosto de 1393.

A las diez de la mañana entró en el templo el rey don Enrique III, seguido de brillante corte, y cruzando por la ancha nave con mesurado paso, después de orar unos momentos ante el altar mayor, sentóse en el trono.

El legado del Papa, los prelados, los nobles, los procuradores de ciudades y villas permanecieron de pie delante de siales y escaños, hasta que el monarca pronunció con serena majestad esta palabra:

—Sentaos.

Se celebró a continuación solemne función religiosa, oficiando de pontifical el Arzobispo de Toledo, don Pedro de Tenorio, y en el acto de la consagración, cuando el prelado elevaba en sus manos la hostia

sacrosanta, levantándose el Rey, dijo así con voz firme y sonora:

En presencia de Jesús sacramentado y ante el legado del Sumo Pontífice romano, su Vicario en la tierra, y ante los procuradores de las ciudades de Castilla y de León, declaro solemnemente que tomo sobre mí el gobierno de los reinos que me legó mi amado padre, el Rey don Juan I.

Y adelantándose hacia el altar mayor, tomó la corona real que allí estaba depositada y se ciñó con ella las sienas.

Asombráronse los circunstantes que ignoraban hasta entonces los propósitos del monarca; se miraban unos a otros y en el semblante de muchos se veía una expresión de temor y zozobra; el arzobispo de Santiago y el maestre de Calatrava intentaron defender los actos de la regencia, y el Rey los mandó callar exclamando luégo:

—Defenderéis vuestros actos en las cortes de Burgos!

Y terminada la función religiosa el monarca regresó a su real alcázar.

Aquel rey que dio tan alto ejemplo de entereza, y que pronto había de dar otros de severidad y energía, era un niño: subió al trono el 9 de octubre de 1390, a la edad de once años y cinco días.

Aun no había cumplido los catorce cuando ofreció a su pueblo la magnánima resolución que acabamos de narrar, coronándose él mismo ante el altar donde habían sido coronados sus antepasados, “y el pueblo —dice la Historia— aplaudió aquella resolución, porque deseaba con ferviente anhelo un poder regular, que pusiese término a sus males y a las dilapidaciones de los regentes y magnates”.

Pocas semanas después, una tarde de verano, regresó el Rey de una partida de caza, poco antes de anochecer, acompañado de su fiel alcalde de corte don Juan Alfonso de Toro y de su escudero Juan Cuchiller, y en llegando a su palacio, pidió la comida, porque era débil de cuerpo y el ejercicio de la caza se lo habían recomendado para que le abriese el apetito.

—No hay qué comer, señor,—le contestó Cuchiller.

—Qué dices?—replicó el rey con enojo.

—La verdad, señor: no tiene el despensero una dobla que gastar, ni crédito para que lo fíen, porque debe mucho a los abastecedores, y todo mundo sabe que las rentas de la corona no ingresan en las arcas reales.

Entonces el rey, quitándose el gabán que llevaba puesto, se lo dio a su escudero, diciéndole:

—Empéñalo, y cenaremos.

Cuchiller empeñó el gabán en casa de un judío muy rico, y comprando luego una pierna de carnero se la entregó al despensero para que con ella y la caza del día preparase la frugal cena del monarca y sus servidores.

—Señor—se atrevió a decir el despensero mientras servía a la mesa,—vos empeñáis el gabán para cenar, y cerca de aquí, en la posada del arzobispo de Toledo, celebran suntuoso banquete los antiguos regentes y otros magnates.

El Rey disimuló su indignación, y poniéndose un disfraz, acompañado de sus dos leales servidores, se encaminó a la posada: allí vio, en efecto, a los regentes y varios próceres congregados alrededor de opípara mesa, que estaban enumerando en

locuaces arranques las cuantiosas rentas que usurpaban al erario.

Retiróse el regio niño fingiéndose enfermo de gravedad; y al día siguiente los cortesanos desleales acudieron al palacio real; pero el rey, que tenía preparados secretamente muchos hombres de armas, se presentó de improviso en el salón, empuñando la espada y ordenando que se cerrasen las puertas.

—Cuántos reyes de Castilla habéis conocido? —preguntó al prelado toledano.

—Cuatro, señor.

—Y vos, maestre de Calatrava?

—Tres, señor.

—Y vos, duque de Benavente?

—Dos, señor.

Se sentó el rey en el trono y mirando fieramente a los magnates, los apostrofó de este modo:

—Cómo es que vosotros, que sois casi ancianos, sólo habéis conocido tres o cuatro reyes de Castilla, y yo que soy un niño de quince años, he conocido más de veinte?

Mirarónse con terror los magnates, y el rey levantándose y blandiendo la espada, gritó con energía:

—Vosotros sois los verdaderos reyes de Castilla, porque usurpáis las rentas y los derechos de la corona, mientras yo, despojado de mi patrimonio, carezco de lo necesario para mi sustento.

A una señal convenida entraron en el salón muchos hombres de armas, con el verdugo Mateo Sánchez, quien preparó allí mismo el tajo y el cuchillo.

Los magnates entonces se arrodillaron, pidieron clemencia, prometieron restituír todo lo que habían usurpado, y el rey les hizo gracia de la vida y los guardó en prisiones hasta que le devolvieron las rentas, here-

UNA HEROINA DE LOS MARES DEL SUR

Muy lejos, en el Océano Pacífico, se hallan las islas Hawaii, formadas la mayor parte de coral, pero con elevadas montañas en su centro.

En una de ellas, llamada Kilauea, se levanta uno de los mayores y más terribles volcanes del mundo. Su enorme cráter contiene un lago de fuego líquido de cinco a ocho kilómetros de circuito y la humareda que despide forma de día y de noche una espesa nube. Los naturales creen que habita entre las llamas una feroz diosa llamada Pe-le, que se baña en el centro del cráter y cuyos cabellos se supone que son los filetes vítreos que cubren la montaña. Todo el mundo le tiene miedo a Pe-le y muy especialmente las mujeres.

Los sacerdotes decían que si una mujer trepara por el cerro para coger ramas de los arbustos y las arrojase al lado del fuego, la diosa la aniquilaría con sus truenos y destruiría la isla.

Hace cien años llegaron unos misioneros cristianos a la isla, y poco a poco fue perdiendo el pueblo su fe en las fieras y salvajes divinidades que antes adoraba. Únicamente se conservaba el miedo a Pe-le y la llameante montaña era el último baluarte del paganismo.

Entonces una intrépida cristiana, llena de fe y de valor, resolvió desafiar a la diosa en su fortaleza y romper el hechizo que ejercía sobre el pueblo. Se llamaba Kapiolani y era esposa de Naihe, el ora-

dor público de Hawaii. Esto ocurría en 1825.

Un día arrancó una rama de los arbustos sagrados, aunque constituía un sacrilegio para una mujer sólo el tocarlas, y emprendió la ascensión de la montaña. Era una subida de dos kilómetros terrible y penosísima y además muy peligrosa pues en cualquier momento podía resbalar por los estratos de lava y quedar sepultada bajo los montones de ceniza.

Furiosos los antiguos sacerdotes de Pe-le salieron de sus santuarios entre las escabrosidades del terreno, y trataron con sus amenazas de atajar el paso a Kapiolani, pero todo fue inútil. La cristiana se apresuró a ganar la cumbre, se encaramó al terrible cráter y se detuvo, por fin, junto al mar de fuego.

Y entonces arrojó al hirviente líquido las sagradas ramas, pronunciando estas palabras:

“Si muero por la ira de Pe-le reconoceré su poder, pero ahora desafío su furor y quebranto sus órdenes. Vivo y estoy salva porque el omnipotente Jehová es mi Dios. El fue quien con su voluntad hizo surgir estas llamas; El quien con su mano puede refrenar su furia. Pueblo! Abandónala ya los falsos dioses y sírve al Señor!”

Descendió Kapiolani por la montaña, después de haber destruido con su heroica proeza el poder de la superstición y ganado la causa de la fe y la verdad.

EL REY DEL GABAN EMPEÑADO

dades y fortalezas quitadas a la Corona.

Este insigne monarca de tan grandes prendas murió en Toledo a la

temprana edad de veintisiete años. Su vida fue corta, pero sus grandes hechos hicieron inmortal la memoria de este rey que lleva el nombre de don Enrique III de Castilla y de León.

LA GOLONDRINA

Qué fatigada estoy del viaje tan largo que he hecho!

Seguiré volando a ver si llego pronto a donde viven mis compañeras.

Me siento tan cansada que con gusto descansaría unos días más; sin embargo tengo deseos de llegar pronto a ese jardín cercado de rosales, donde tantas veces fabriqué mi nido entre el aroma de bellas flores. Mis compañeras deben estar esperándome desde hace muchos días.

Cuánto hace que empecé a volar sin terminar todavía mi largo y penoso viaje!

Siento en el alma una profunda emoción al pensar que pronto llegaré a esa ventana frente a la cual

yo acostumbraba fabricar mi nido.

Cuando vuelo y veo los grandes ríos que van regando los campos sembrados me siento grande y orgullosa al verme tan alta y cercana al hermoso cielo azul.

No demoraré más mi viaje y seguiré volando hasta unirme con mis compañeras que deben aguardarme con inquietud.

Me despediré de estos hermosos parajes para siempre, pues busco los rosales floridos para fabricar mi nido.

Adiós hermosas flores y lindos parajillos; talvez no vuelva a veros, pero llevo el recuerdo de este sitio que me proporcionó un descanso.

ALICIA CASABIANCA PIZANO

Junio de 1934.

EL MUCHACHO QUE MURIO POR LA REPUBLICA

Durante la época terrible de la Revolución francesa, lleváronse a cabo muchos actos de heroísmo, tanto por parte de los realistas como por la de los republicanos. Refiérese un ejemplo sorprendente de patriotismo, dado por un muchacho de trece años, llamado José Barra.

En la provincia de Vendée, cuyos habitantes peleaban por la monarquía, rodearon un día a Barra,

insistiendo en que debía gritar: Viva el Rey! Apuntáronle al pecho las bayonetas, y el valiente mancebo gritó, no obstante: Viva la República! Por ella muero con alegría!

Inmediatamente cayó herido de muerte con el cuerpo atravesado por las bayonetas y guadañas. Su cuerpo fue llevado al Panteón y allí reposa junto a los más altos literatos franceses.

Biblioteca Infantil.

PARQUE DE LA INDEPENDENCIA

OBRAS DE SATURNINO CALLEJA:

La Senda de la Fortuna.

El viaje del Sueco Rojo al país extraordinario.

Las famosas Aventuras del invencible Tipatán.

Robinson Crusoe.

Los cuarenta Ladrones.

Cuentos de Calleja en colores.

Las Veladas de la Quinta.

El Cantarito de Lágrimas.

Aventuras del Barón de la Castaña.

Viajes por Europa.

Viajes por América.

Kakatikán.

El Pez de Oro.

El Mundo y sus divisiones.

HORAS DE LECTURA:

**TODOS LOS DIAS, EXCEPTO LOS LUNES, DE LAS 9 A LAS 12
Y DE LAS 12 1/2 A LAS 5. LOS DOMINGOS, DE LAS 10 A LAS 12.**

VAJILLAS DE PORCELANA Y PEDERNAL

Loza blanca
y decorada.

Artículos de esmalte
y de aluminio.

PRECIOS BAJOS
BUENAS CALIDADES

CORTAZAR HERMANOS

1.ª CALLE DE FLORIAN



*Ahora comprendo
por qué fuma papá!*

CORREO A PASTO EN TRES DIAS

Correos diarios - Pasajes - Equipajes - Encomiendas - Carga y Giros.

Dos despachos fijos semanales de y para Medellín, Cartagena y Barranquilla, con mensajeros prácticos y honorables que viajan cuidando la mercancía que se nos confía. 28 años de práctica. 86 Oficinas en todo el país.

Telégrafo: "GERRIBON"

Carrera 8a., No. 14-88.

**EXPRESO COLOMBIANO S. A.
DE RIBON E HIJOS**

PARA NIÑOS Y NIÑAS:

Ferrocarriles con rieles, túneles y estación, en todos tamaños, desde \$ 1.00 hasta \$ 10.00.

Cajas de mecanos para todas las combinaciones mecánicas.

JUEGOS DE CROQUET. - Juegos combinados en cajas de cinco.

Automóviles en todos estilos.

Caballos, osos, perros, vacas, etc.

Juegos de té, bañitos, teléfonos, camitas, pesebres, muñecos y muñecas.

Y TODO LO QUE UD. PUEDA
DESEAR PARA OBSEQUIAR UN
NIÑO DESDE RECIEN NACIDO

ALMACEN DEL CENTRO

A. DUFFO

BOGOTA - CALLE 12, No. 6-47.

NIÑOS

Aprovechen los domingos para pasear con sus familias en los trenes de recreo, beneficiándose con el reducido valor de los pasajes que les ofrece el

CONSEJO ADMINISTRATIVO DE LOS FERROCARRILES

El pasaje hasta Apulo, de un sábado a lunes, en primera clase, incluyendo el servicio del hotel, sólo cuesta \$ 9.80. El pasaje de ida y regreso al Salto de Tequendama, en sábado o domingo, y en primera clase, vale \$ 0.50. En el magnífico hotel del Salto se les atenderá por un precio muy módico.

JUVENTUD DE AHORRO, VEJEZ DE ORO

EL PORVENIR ES INCIERTO - ECONOMICE USTED ALGO DE LO QUE GANA
TODOS LOS DIAS - LLEVE SUS AHORROS
A LA

CAJA COLOMBIANA DE AHORROS

PLANTA BAJA DEL EDIFICIO DEL BANCO DE LA REPUBLICA, Y SOLICITE UNA PRECIOSA AL-
CANCIA PARA EL AHORRO EN EL HOGAR

BANCO CENTRAL HIPOTECARIO

Cédulas de Acumulación, de
Capitalización y de Renta.

**Asegure
el porvenir
de sus hijos !**

CONSIGNE UD. \$ 8.07 el 1.º de cada mes y al fin del año recibirá una cédula de \$ 100.00.

CONSIGNE UD. \$ 3.61 al principio de cada semestre y a los diez años recibirá \$ 100.00.

CONSIGNE UD. \$ 100.00 y a los veintitrés años y medio recibirá \$ 400.00.

CONSIGNE UD. \$ 1.000.00 y después de cinco años se habrá asegurado una renta mensual.

LA LOTERIA DE CUNDINAMARCA

DARA A USTED POR SOLO \$ 0.20

UN PREMIO DE \$ 700-00

POR SOLO \$ 2-00

UN PREMIO DE \$ 7.000-00

**Cinco sorteos y cinco premios mayores
CON SOLO UN BILLETE**

10.000 PREMIOS

**GRAN SORTEO EXTRA-GRATIS TODOS LOS AÑOS
PARA LOS NO FAVORECIDOS EN DINERO**